

# Hacia una ¿ nueva ? lingüística. Reflexiones sobre la llamada *alternativa no-discreta*

ROBERTO CUADROS MUÑOZ

*Universidad de París 8*

## I. ORÍGENES DE LA « NUEVA » LINGÜÍSTICA. CRÍTICAS A PROPUESTAS ANTERIORES

La conocida como propuesta lingüística *no-discreta* surgía a finales del siglo XX, en el marco de la Universidad de Santiago de Compostela, vertiente del funcionalismo español de alcance más abierto que la llamada «Escuela de Oviedo», excesivamente dependiente del modelo alarquiano<sup>1</sup>. Pretendía un cambio de rumbo en la investigación lingüística, cuya necesidad ya había hecho notar Ignacio Bosque en una comunicación presentada al *VII Simposio de la Sociedad Española de Lingüística* de 1977<sup>1</sup>, que tenía por explícito título «Perspectivas de una lingüística no discreta», pero de la que se deduce más una necesidad que una concreción sistematizada. Ha de ser la investigadora Teresa Moure, quien, tras constatar las inconsecuencias de la lingüística anterior, y a partir de una serie de trabajos previos, constata la dificultad de establecer límites claros y la existencia de «zonas de indefinición» en la complementación del verbo. Como vamos a ver, en 1996, basa la nueva teoría y metodología en la crítica a escuelas anteriores, que más bien termina siendo un refinamiento y selección de las ideas contenidas en ellas, desde una vertiente decididamente aplicada.

En un primer momento, repasa las aportaciones de otras escuelas para extraer de ellas un manifiesto teórico, dejando en un segundo plano la crítica, salvo en lo concerniente al estructuralismo, como veremos. Una tradición gramatical que no se había planteado reflexionar sobre el término *sintáctico* no podría explicar adecuadamente las funciones sintácticas, dada la casi total ausencia de tratamientos no-discretos, de modo que el concepto *rección* sólo asentaba una oposición binaria : *rección*-actantes-[+obligatoriedad] frente a *modificación*-circunstantes-[-obligatoriedad]. En este contexto, la nueva propuesta sólo asomaba en trabajos de Edward Sapir sobre la gradualidad de los conceptos gramaticales, o en advertencias esporádicas de Leonard Bloomfield y Charles F. Hockett sobre las posibilidades limitadas del análisis en constituyentes inmediatos. Con una actitud más que precavida, complaciente, acaba asegurando que la visión tra-

---

<sup>1</sup> Publicada dos años más tarde, en *Metodología y gramática generativa*, textos reunidos por F. Abad *et al.*, Madrid, SGEL, 1979, p. 81-111.

dicional, aun no contando con las transiciones, fue más bien parcial e incompleta, pero no completamente equivocada, apresurándose a matizar que si todos los conceptos gramaticales fuesen continuos y graduales, cuando desde siempre se habían contemplado como todo lo contrario, la continuidad sería más que dudosa. Sitúa el fondo del problema en el gran peso en la tradición española de la idea de la *exactitud* y los análisis numéricos, con los que cargó el estructuralismo, auténtico desfase y « lastre » para la nueva lingüística, no tanto, pues, su vertiente norteamericana.

La concepción estructuralista del signo lingüístico en *significante* y *significado*, con el desglose correspondiente de cada componente en *forma* y *sustancia*, confina a lo extralingüístico la *vaguedad* (es decir, los aspectos psicológicos y culturales, la connotación, el contexto de uso), admitida a regañadientes por una perspectiva inmanentista excesivamente confiada en clasificaciones y falsas regularidades, a lo que contribuyeron, piensa la autora, las modas o reacciones cognoscitivas a lo anterior, que despreciaban la realidad idiomática ; y cuyo éxito estima en un sólido aparato conceptual, que defendía clases homogéneas, y no se permitía nunca la confusión, de manera que la alternativa no-discreta considera *irrelevante* delimitar, pongamos por caso, términos morfo-sintácticos como *amalgama* o *casilla vacía*. En su opinión, la categorización humana no es tan arbitraria, ni puede explicarse como mero producto del aprendizaje, pues la idea de una lengua como sistema perfectamente organizado es meramente utópica ; *arbitrariedad* que, acaso esté en lo cierto, llegó demasiado lejos :

Hasta el punto de considerar igualmente arbitraria la selección de significados. Aunque el punto de partida esté en las divisiones cognitivas, la lengua resulta ajena a ellas : el inglés *brown* no tiene el mismo significado que el francés *brun* porque incluye, al menos, los designata que en francés se aluden con las formas *brun, marron y jaune*<sup>2</sup>.

Y desatiende los factores psico-patológicos im- y aplicados al lenguaje. Aun así, estima, dentro del estructuralismo, que el Primer Círculo Lingüístico de Praga, de 1926, fue a la búsqueda de la *gradualidad* como noción científica, aun careciendo de un sólido aparato formal, estableciendo el par *núcleo / periferia*, primero en fonología y después, por extensión, al resto de niveles lingüísticos<sup>3</sup>, y más tarde, sobre todo en la segunda Escuela de Praga, a conceptos de interesante desarrollo como *asimetría*<sup>4</sup>. Efectivamente, la discusión *núcleo-periferia*, acusadamente subjetiva, derivó en una apabullante y excesiva profusión terminológica, que tergiversó su sentido originario,

<sup>2</sup> T. Moure, *La alternativa no-discreta en lingüística. Una perspectiva histórica y metodológica*, Santiago de Compostela, Universidad, 1996, p. 67-68.

<sup>3</sup> En este punto, si, como señala T. Moure, de acuerdo con el físico y filósofo-epistemólogo Mario Bunge, « la investigación de cada nivel requiere métodos propios, además del método científico común a todas las ciencias » (T. Moure, *op. cit.*, p. 265), está por ver si lo aplicado explicativamente a un ámbito es siempre generalizable a otro.

<sup>4</sup> Cf. S. Karčevskij, « Du dualisme asymétrique du signe linguistique », *Travaux linguistiques de Prague, I*, 1929, p. 88-93. Según este concepto, no todos los elementos de una clase pueden ser caracterizados por todos los rasgos de la clase, y algunos elementos podrían ser caracterizados por los rasgos de otras clases.

ciertamente, pero apuntó nuevas vías de investigación. De este modo, *periferia* pasa a significar cosas tan dispares como *no-productividad* formativa de las palabras, *realización limitada de la oposición de significación* y *eventualidad*, *variabilidad*, *rareté*, *poco común*, *potencialidad*, *continuidad* o *indeterminación*, entre otros<sup>5</sup>. Nos interesa destacar especialmente :

a) *Periferia* es *irregularidad en la forma*. Por consiguiente, Oldrich Leška encuadra los verbos de estas características, y no por su uso menos frecuente, dentro de la periferia morfológica verbal<sup>6</sup>.

b) Los fenómenos periféricos son menos *estables* que los centrales ; por tanto, se trata de una *estabilidad* variable según la perspectiva adoptada.

c) La «oposición» *marcado / no marcado* no es tal, sino una *gradación*. Así se pronuncian O. Leška (ya mencionado) y otros autores como Jaroslav Bauer, Josef Vachek, Jiří V. Neústupný, Jaroslav Popela o Frantisek Daneš<sup>7</sup>. Así por ejemplo, J. Bauer considera que adquirir el carácter marcado por motivos funcionales (menor necesidad de expresar la marca en cuestión) es una de las causas (la otra es no soportar los nuevos principios organizadores del sistema) que empujan a los fenómenos sintácticos a la periferia, a la pérdida de papel activo en la evolución u ocasionalmente, su desaparición<sup>8</sup>. J. Popela sugiere también un *número de grados* del *núcleo* a la *periferia*, tras destacar la divergencia de interpretaciones en los distintos niveles lingüísticos, también entre sí interrelacionados : el gramatical es funcionalmente más general y abstracto (*central*) que el léxico. La morfología es el núcleo del sistema gramatical en particular y del sistema lingüístico en general. Comparado con el nivel semántico, el fónico es

<sup>5</sup> J. V. Neústupný (« On the analysis of linguistic vagueness », *Travaux linguistiques de Prague*, 2, 1996, p. 39-51[39]) relaciona *vaguedad* con « complexity and indeterminacy ». Él mismo reconoce esta profusión conceptual, de la que no ahorra detalles y que nos parece interesante recordar : Mikołaj Kruševskij, Vilém Mathesius, L. Bloomfield, Vladimír Skalička, Bertil Malmberg, Tadeusz Milewski, de nuevo V. Skalička, Rulon S. Wells, Mikkel Hollænder Jensen, Dwight L. Bolinger, J. V. Neústupný, F. Daneš y J. Vachek, propusieron, respectivamente, « potentiality » ; « border-line cases » ; « klarheit der differenziation » ; « asymmetry » ; « des nuances plutôt que des oppositions » y « oppositions phonologiques de stabilité différente » ; « open systems » ; « complexity » ; « continuities », « differences of degree » ; « degrees of relevance » ; « generality and gradience » ; « vagueness of linguistic structure », « asymmetry » ; « zentrum, peripherie, übergang » ; y « peripheral elements ».

<sup>6</sup> O. Leška, « Le centre » et « la périphérie » des différents niveaux de la structure linguistique », *Travaux linguistiques de Prague*, 2, 1966, p. 53-57. En cambio, Jan Šabršula (J. Šabršula, « Un problème de la périphérie du système morphologique : à propos des formations prémorphologiques », *Travaux linguistiques de Prague*, 2, 1966, p. 183-192) sigue criterios divergentes, encuadrando en la periferia los predicados complejos y las perífrasis verbales, el futuro analítico romance, el verbo *ser* y demás verbos cópula o auxiliarizados.

<sup>7</sup> Todos ellos citados en las líneas sucesivas, salvo F. Daneš, « The relation of centre and periphery as a language universal », *Travaux linguistiques de Prague*, 2, 1966, p. 9-21.

<sup>8</sup> Cf. J. Bauer, « Phénomènes centraux et périphériques dans l'évolution du système syntaxique de la langue tchèque », *Travaux linguistiques de Prague*, 2, 1966, p. 225-238.

más secundario pues es «defectivo», al estar constituido por unidades «unilaterales», «material constructor» de la lengua ; y por la tendencia a la economía de esta última<sup>9</sup>.

d) La *integración*, que parece aportar un punto de vista diferente sobre estos conceptos. J. Vachek aprecia numerosos elementos periféricos integrados en el sistema lingüístico, proceso que, por consiguiente, sólo parece tener sentido desde la diacronía : verbigracia, el genitivo sajón inglés conserva la estructura a expensas de la reevaluación funcional, independientemente de la frecuencia de uso. Por la muy moderada motivación estructural en el desarrollo de la lengua, no parecen observarse tendencias en contra de estas « anomalías »<sup>10</sup>, término, como otros que veremos en su momento, que hay que tomar con precaución. Más importante, en cambio, para la coexistencia de elementos centrales y periféricos sería un juego simultáneo de tensión y equilibrio entre una tendencia a la integración y su opuesto, motivado, pensamos, por la dinamicidad del lenguaje ; un trasunto de la existente entre la función *comunicativa* (realidad referencial, extralingüística), y la función *subjetiva* (aproximación personal del hablante). Que algunos elementos no estén *integrados* no significa menos importancia en el sistema, sino que decide el ámbito en cuestión, desde que fija límites menos estrictos en el nivel léxico que en el fónico<sup>11</sup>. O. Leška, por su parte, observa un sentido distinto en distinguir como *capas* periféricas del vocabulario el argot y los préstamos no plenamente adaptados a la lengua de destino, que no se caracterizan precisamente por su poco uso o por su significado impreciso o ambiguo. Interesante es también el testimonio de Jan Firbas, para quien, en inglés moderno, pese a la poderosa *tendencia* a expresar el tema de la oración por el sujeto gramatical, los sujetos no temáticos, aunque no pertenezcan al centro del sistema, están, junto a los temáticos, completamente integrados en él, y no pueden ser periféricos. Todo lo cual sugeriría que *centro* y *periferia* designan los puntos de *integración máxima* y *mínima*, entre los cuales se situarían los tendentes hacia el centro, hacia la periferia o las posiciones indeterminadas<sup>12</sup>. Las posibilidades combinatorias deciden la *productividad* o no de tal sistema, oposición sólo relativamente estable, porque se prefiere (re)conocer las diferencias individuales.

En cualquier cas, y pese a reconocerle su mérito a la propuesta praguense, T. Moure opina que : a) resulta un proyecto demasiado complejo, sin continuadores directos, y b) el par *centro/periferia* fue absorbido cómodamente ( ? ) por la lingüística dis-

<sup>9</sup> Cf. J. Popela, « The functional structure of linguistic units and the system of language », *Travaux linguistiques de Prague*, 2, 1966, p. 71-80. Es evidente, al menos por nuestra parte, que plantea dudas la *gradualidad* en los pares del sistema lingüístico, del tipo : *strong types / weak types, basic features / special features, full o normal types / defective types, pure types / intermediate types, productive / unproductive types, general o abstract components / concrete components*.

<sup>10</sup> Cf. J. Vachek, « On the integration of the peripheral elements into the system of language », *Travaux linguistiques de Prague*, 2, 1966, p. 23-37.

<sup>11</sup> El término *ámbito* remite a relaciones parte (unidades) y todo (sistema), así como a *niveles* distintos implicación de la que también se hace eco T. Moure, *op. cit.*, p. 86-87.

<sup>12</sup> Cf. J. Firbas, « Non-thematic subjects in English », *Travaux linguistiques de Prague*, 2, 1966, p. 239-256.

creta para explicar las discordancias, sobrepasando ampliamente su primigenio ámbito conceptual, y, en su opinión, perdieron poder explicativo, si bien, debemos puntualizar, no deja de tomar algunos para su propio aparato teórico, pues los considera en todo caso imprescindibles<sup>13</sup>. El generativista José Luis Mendivil, bastante más escéptico, tras señalar que el mérito de esta propuesta fue lo que él considera, en cambio, *simplificación teórica* para explicar la complejidad de las lenguas, postula que generalizaciones como la de J. V. Neústupný entre elementos marginales *periféricos* (pertenecen aún a la clase originaria) y los marginales *fronterizos*, *liminares* o *boundary* (muy vagamente caracterizados, clase indecible) producen una enojosa sensación tanto de gradualidad como de discreción, y, por tanto, conducen a « un punto de indeterminación absoluta »<sup>14</sup>. En realidad, sólo existen elementos *marcados* y *no marcados*, concepto que parece perfilarse como el más fructífero de todos los vistos<sup>15</sup>. Sea como fuere, la distinción entre funciones nucleares y periféricas, aunque interesante, y por el hecho de que, como estamos viendo, cada investigador asigna a la *periferia* una acepción a conveniencia, según el plano adoptado, difícilmente podría contar con pautas formales sólidas<sup>16</sup>.

La *gramática generativa* tampoco podría contribuir a la nueva metodología, si, desde una pretensión notacional, se propone obtener rasgos *exactos* que permitan descubrir los fundamentos universales de la semántica, sin registrar cómo los seres humanos conceptualizan el mundo ni las inferencias discordantes que ejerce la pragmática. Sólo manifestarían indicios no-discretos las ocho clases de categorías, tres tipos de « oraciones » y la gradación entre ellas, de John R. Ross ; así como la semántica borrosa, la gramática difusa, las *cercas semánticas*, las *gramáticas de la correspondencia* y en definitiva los *grados de gramaticalidad* de George Lakoff, sobre todo, no podía ser de otra manera, cuando pretendieron alejarse de la senda generativa ; incluso así, se empeña T. Moure, J. R. Ross no asegura que no sean discretas sus clases categoriales<sup>17</sup>.

<sup>13</sup> Es cierto que estos conceptos han sido profusamente utilizados en lingüística general por tendencias dispares, en forma de nuclearidad / marginalidad, obligatoriedad / no-obligatoriedad, participantes / circunstancias (en M. A. K. Halliday) ; argumentos / satélites (en S. C. Dik) ; dicotomías chomskianas *frase predicativa / frase verbal*, *core grammar* y *periphery of marked elements* ; gramática de valencias, cognitiva, o la tagmémica, que ha prestado atención a la cuestión del núcleo y periferia, pero sin acabar de sistematizarla, porque los criterios empleados tantean tan sólo « unas indicaciones de carácter heurístico », contradictorios, poco rigurosos y sin justificación teórica. Cf. al respecto J. L. González Escribano, « Reflexiones acerca del concepto de 'núcleo' en la gramática tagmémica », *Archivum*, XXIX-XXX, 1980, p. 265-310[268].

<sup>14</sup> J. L. Mendivil Giró, *Las palabras disgregadas. Sintaxis de las expresiones idiomáticas y los predicados complejos*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 1999, p. 26.

<sup>15</sup> También lo adopta un funcionalista tipológico como José Luis Moreno Cabrera (J. L. Moreno Cabrera, *Introducción a la lingüística. Enfoque tipológico y universalista*, Madrid, Síntesis, 1997), para quien la relación sintáctica  $R^0$  (sujeto) es la no marcada (« típica ») ; y habla de verbos que denotan *típicamente* 'acciones' (típicamente bivalentes), 'procesos' (típicamente monovalentes), 'posiciones' (típicamente bivalentes) y 'estados' (típicamente monovalentes, etc.) Por tanto, la oposición marcado / no marcado vuelve a ser binaria y no gradual.

<sup>16</sup> Cf. M. Martí, *El complemento en la tradición gramatical hispánica (1492-1860)*, Madrid, Universidad Complutense, 1988, p. 13.

<sup>17</sup> Cf. T. Moure, *op. cit.*, p. 104.

Tal vez con mejor criterio, desde el generativismo más renovado, del que T. Moure omite cualquier referencia, por cierto ; basado en la teoría de principios y parámetros, J. L. Mendivil insiste en la ambigua propuesta de este autor, cuyos tipos oracionales dan la citada impresión comentada en J. V. Neústupný<sup>18</sup>. Tampoco satisface a la autora el giro cognitivo de G. Lakoff, ya que, aunque intentó acoger el componente del significado connotativo, no pasó de ser, dice, un instrumento carente de *jerarquías* o criterios consistentes que no pudo atajar las carencias de un generativismo, que en ningún caso, por su propia naturaleza, puede admitir la gradualidad, puesto que no contempla que las reglas se cumplan sólo en cierto grado<sup>19</sup>.

Tampoco podía satisfacer a la *nueva* propuesta la *gramática valencial*, cuya distinción clásica entre actantes y circunstanciales revelaba una grave contradicción, a estas alturas relativamente consensuada, pero aún utilizada en la práctica, de que, sin conexión alguna, los actantes remiten al significado ; y los circunstanciales, a la forma prepositiva. La distinción *complementos / adjuntos*, calcada a la anterior, corría la misma suerte aplicando simples baterías de tests, y no yendo más lejos de asentar que la *marginalidad* es sintáctica y semántica. En este sentido, la muy conocida « scale of valency binding » de Harold L. Somers, pretendidamente difusa<sup>20</sup>, establece, en opinión de T. Moure, unas transiciones forzadas, lo que nos parece cierto, indudablemente, entre los *obligatory* y los *optional complements*, o los *middles* y los *adjuncts* ; en el complemento indirecto (podrá ser opcional u obligatorio pero no hay verbos que lo exijan en el sentido fuerte del término) y en los argumentos periféricos que expresan ‘duración’ o ‘modo’, susceptibles de ser obligatorios en determinados contextos : así, en *Continuó durante tres horas*, la expresión temporal no es complemento, pero parece desde luego más « integrado » en la cláusula que *Continuó ayer*. La investigadora<sup>21</sup> añade que : a) H. L. Somers sólo concede auténtica relevancia a tres grados de *integración* : complementos, adjuntos y elementos a caballo entre ambos grupos, con posibilidad de variantes, que no explica, dentro del primer y segundo grupo ; incluso reconocer, sin más, tres, seis o más clases carece de importancia ; b) aun advirtiendo el comportamiento caprichoso de los llamados índices de detección, H. L. Somers termina aceptándolos, y, añadimos nosotros, muchos estudios particulares de autores funcionalistas más eclécticos, como S. Gutiérrez Ordóñez o incluso el enfoque perceptivo, uno de cuyos pilares es la *opcio-*

<sup>18</sup> Cf. J. L. Mendivil, *op. cit.*, p. 66, n. 17.

<sup>19</sup> Si bien no descarta necesariamente la existencia de grados, como precisaremos más tarde, lo mismo que nuestra posición ante el generativismo, de la que por el momento, adelantamos, no compartimos presupuestos que continúan siendo incongruentes.

<sup>20</sup> H. L. Somers (« On the validity of the complement-adjunct distinction in valency grammar », *Linguistics*, 22-4 [272], 1984, p. 507-530) distinguía en su, por otra parte sobradamente conocida, clasificación de hasta un total de seis estadios : 1) *Integral complements* (« Research has kept peace with developments »), 2) *Obligatory complements* (« The man wrote me a letter »), 3) *Optional complements* (« Don't disturb him, He's reading (something) »), 4) *Middles* (el *free dative* de « Graeme caught Steve a salmon »), 5) *Adjuncts* (« I keep my car in Italy »), y 6) *Extraperipherals* (« Personally, I favour unilateral disarmament »).

<sup>21</sup> Cf. T. Moure, *op. cit.*, p. 220.

*nalidad* ; y c) que el autor « traicione » su propósito cuando al final prefiere hablar de categorías « in theory discrete, though in practice the boundaries between one and another are sometimes fuzzy »<sup>22</sup> ; hace pensar a la autora que esta *pura* prolongación de la gramática dependencial no trasciende la ortodoxia discreta, y que, igual que en gramática generativa, emplea la gradualidad a falta de criterios mejores. Análogamente, tales puntualizaciones servirían a la gradación de Peter H. Matthews entre complementos, *adjuntos* (elementos intermedios) y elementos periféricos, pues acaba siendo tan sólo una solución binaria, mero conato no-discreto, que se frustra con los ejemplos más complejos que se desmarcan del estereotipo. Sin embargo, paradójicamente, no condena totalmente estas propuestas, al menos la de H. L. Somers, ni tiene tampoco en cuenta que es una clasificación para la lengua inglesa, reduccionismo lingüístico reprochado a menudo a esta escuela, realizada por un investigador que ni siquiera era consciente de estar elaborando una clasificación no discreta.

## II. A LA BÚSQUEDA DE UNA ¿ NUEVA ? LINGÜÍSTICA

### II. 1. *Tendencias afines y puntos fundamentales de la propuesta*

En cambio, a T. Moure le parece que sí supondrían un punto de inflexión en los estudios lingüísticos la gramática cognitiva y, sobre todo, el funcionalismo tipológico. De la primera, adopta el *continuo semántica-sintaxis-pragmática*, y la génesis de las clases mentales que organizan el conocimiento como categorías difusas, no discretas, graduales, definibles a partir de *prototipos*, pero siente que esa propuesta es demasiado ambiciosa para ser evaluada con tan escasa perspectiva histórica. Por esta razón, la gramática tipológica le parece (la) mejor fundamentada para generar una ruptura ventajosa en la investigación. De ella toma, con precaución, las jerarquías implicacionales en cuanto favorecen lograr determinados objetivos<sup>23</sup>, si bien no tarda en anotar las deficiencias de la jerarquía de la animación de Silverstein, que pese a basarse en presupuestos atractivos como la *iconicidad diagramática*, sólo delimita una simple y poco precisa prioridad bidireccional de rasgos gramaticales muy diferentes ; la noción de *sujeto difuso* o la de *accesibilidad a la relativización*<sup>24</sup> para explicar otro hecho particular como la caracterización del complemento indirecto son problemáticas, si bien, caso de esta última, la termina aceptando. Aun cuando T. Moure estime que el conocido, y hoy ya superado, *continuum* de la transitividad de Paul J. Hopper y Sandra A. Thompson haya

<sup>22</sup> H. L. Somers, *op. cit.*, p. 528.

<sup>23</sup> Bien elaboradas, las *jerarquías implicacionales*, relacionadas con la búsqueda de universalidad, podrían dar cuenta de la codificación y comprensión psicológicas, de mensajes de considerable dificultad, y harían perder la linealidad de las funciones sintácticas. Los factores gramaticales estarían determinados icónicamente, de modo que al ser agentes « naturales », los constituyentes altamente inanimados no precisan un caso marcado para ejercer su función y utilizan el sujeto, la forma no-marcada del par sujeto / objeto. Cf. T. Moure, *op. cit.*, p. 149.

<sup>24</sup> Cf. E.-L. Keenan, « Towards a universal definition of « subject » », in *Subject and topic*, textos reunidos por Ch. N. Li, New York, Academic Press, 1976, p. 303-333.

considerado las nociones gramaticales en su contexto funcional<sup>25</sup>, naufraga por el binarismo que implica un ejemplar prototípico y uno o varios periféricos (cláusulas transitivas e intransitivas), ya que las funciones sintácticas tan sólo pueden dibujar tendencias. T. Moure critica, y puede que en principio no le falte razón, estas escalas limitadas, que se basan exclusivamente en cuestiones pragmático-discursivas de *foreground* y *background*. Lo que ocurre es que ha obviado que a estos autores, y así lo confesaron ellos mismos más tarde, les interesaban más este último tipo de implicaciones. Dos décadas más tarde, y ya con suficiente perspectiva, el propio P. J. Hopper reconocía la ingenuidad de esa propuesta, basada en la intuición y en los textos narrativos, sobre todo si se tenía en cuenta el análisis conversacional, donde concluía que las construcciones transitivas son bastante infrecuentes<sup>26</sup>. Aun siendo conscientes del consenso en las limitaciones de la gramática valencial, éste no impide subrayar que tampoco esta tendencia ha reconocido su carácter difuso.

Según T. Moure, estas deficiencias se subsanan con las aportaciones de la *Syntax* de Talmy Givón, cuyo modelo funcionalista tipológico aúna pensamiento platónico de clases con propiedades nítidas y orientación difusa de Ludwig Wittgenstein. Junto a los prototipos, T. Givón considera decisivos el *continuum* y la pragmática del discurso, premisas generales desde las que establecía en particular las jerarquías funcionales de accesibilidad o promoción al tópico informativo<sup>27</sup>, las proyecciones estrictamente sintácticas de *subjectivization*, *direct-objectivization* o más bien semánticas como el *papel de paciente*. De modo que en su « proyección gradual de la transitividad », las oraciones transitivas prototípicas son aquellas con sujeto actor y tópico y un objeto directo paciente no tópico o tópico secundario. Aun apuntando, como en cognitiva, una conexión interesante de este modelo con la didáctica de lenguas, que no hay por qué negar : los elementos menos marcados de una oposición resultan más fáciles de adquirir tanto en primera como en segundas lenguas<sup>28</sup> ; resulta cuanto menos *curioso* que T. Moure acepte esta organización informativa más próxima al paradigma discreto, ya que la considera, aun con sus objeciones en parte justificadas –inapropiación del término *desviación* sólo para ejemplos que mantienen muchos rasgos de la transitivi-

<sup>25</sup> Cf. P. J. Hopper y S. A. Thompson, *Syntax and semantics. Studies in transitivity (15)*, Londres, Academic Press, 1982. De acuerdo con T. Moure, atendiendo a esos parámetros, una cláusula biactancial como « Jerry likes beer » puede ser más baja en transitividad, contradictoriamente, que otra que cuenta con un solo participante (« Susan left »), que expresa una acción, télica, puntual y volicional. Otras críticas al planteamiento de aquellos autores los señalamos en la nota 56 de este trabajo.

<sup>26</sup> Cf. P. J. Hopper, « Transitivity : What a Difference Two Decades Make ! », 2003, Documento electrónico, actualmente no disponible. [Consulta : 23-01-04].

<sup>27</sup> Según la jerarquía : no-dislocación, dislocación a la derecha o izquierda ; tópico primario, tópico « en cierta medida » secundario y un no-tópico, con posibilidad de funcionar como tópico menor. Cf. T. Givón, *Syntax. A Functional Typological Introduction, I*, Amsterdam, John Benjamins, 1984.

<sup>28</sup> Así lo entiende Bernard Comrie (B. Comrie, « Second language acquisition and language universal acquisition », *Studies in second language acquisition*, 12 : 2, 1990, p. 209-218), si bien no creemos que ejemplar *periférico* y mayor *complicación* sintáctica sean directa y necesariamente proporcionales.

dad, pero no, inconsecuentemente, para los procesos de « extensión metafórica » —, uno de los mejores muestras de la teoría prototípica y de la investigación no-discreta en tipología, tendencia que no por casualidad le resulta afín, y que consiera un gran avance, aunque aún no esté culminado ; junto a, y seguramente a su pesar, otros trabajos como los aludidos estudios de P. J. Hopper y S. A. Thompson, con presupuestos no tan ajenos a las jerarquías de estos últimos.

De todo lo dicho, no resulta difícil adivinar las nociones fundamentales de la nueva propuesta, marcadamente conceptual y metodológica. Utilizando instrumentos como los *conjuntos borrosos*<sup>29</sup>, en los que no reconoce a priori limitaciones explicativas « serias » más allá de la propuesta aún en ciernes o de la necesidad de mayor adecuación lingüística ; la autora estima que la nueva metodología debe definir rigurosamente los citados conceptos de *prototipo*, *complejidad*, *vaguedad*, *asimetría*, *continuum*, *gradación*, *jerarquía*, desde una premisa tanto conceptual (por ejemplo, evitar confundir *prototipicidad* con *vaguedad* categorial) como procedimental (para medir la continuidad).

De todos ellos, el *prototipo* parece ser el concepto con más repercusión en la andadura lingüística posterior. Tras descartar la formulación clásica del concepto como ‘mejor ejemplar’, T. Moure pretende ir más lejos incluso de la versión ampliada basada en el ‘aire de familia’ de L. Wittgenstein, estableciendo más propiedades que no van a pasar de ser en realidad distintas acepciones combinadas del *centro* praguense con una versión más extensa de los prototipos sintácticos de Margaret E. Winters : a su frecuencia *tipo* (productividad) y frecuencia *aparición* (uso habitual), añada mayor autonomía en el discurso y más atributos que definan la categoría, que motivarán, pongamos por caso, que un sintagma pueda representar mejor a un sujeto que una subordinada, lo que es más propio de la *prototipicidad*, frente a la imprecisión, gradualidad, confluencia, más familiares a la citada *vaguedad*. La posible *desviación* legitima distinciones como agente prototípico, no prototípico (‘escasa animación’), agente inesperadamente prototípico pero que aparece en cláusulas que no denotan ninguna actividad que pueda transferir a un paciente, etc.<sup>30</sup>

A él van asociados otros conceptos como *jerarquía*, una *prelación* de ejemplares, articulada sobre una escala implicativa unidireccional y no exclusiva de las realidades continuas, cuyos saltos, nunca discontinuos, permitirían predecir cierta *inseguridad* en los límites de cada nivel y estadios de distinta *relevancia* ; frente a los dos polos definidos, infinita gama de intervalos variables, bidireccionalidad y eventual solución binaria (el caso del sonido) de la *gradación*, que podría dar cuenta, asimismo, de los complementos transitivos muy íntimamente relacionados y sus matices graduales por

<sup>29</sup> Procedentes de la lógica y la matemática, establecen el grado en que sus miembros pertenecen al conjunto, comprendido entre los valores 0 (exclusión completa del elemento) y 1 (pertenencia completa). Los valores intermedios indicarán qué elementos se pueden identificar *más o menos* con el conjunto (cursiva nuestra).

<sup>30</sup> En su momento vemos qué inconsecuencias se derivan de este postulado.

su cohesión con el predicado, fijándose el punto crítico en algún tramo sobre ciertos *atributos empíricos* definitorios. La conclusión provisional es que los conceptos lingüísticos no son necesariamente no discretos, sino que *algunos lo son por naturaleza*, acogiendo también la *posibilidad eventual* del binarismo<sup>31</sup>. Este supuesto, a su entender, requeriría dos matizaciones :

a) La *vaguedad del metalenguaje*. Desde el punto de vista científico, la vaguedad propia del objeto de estudio, el lenguaje, en sus dimensiones física y cognitiva, o componentes fónico y léxico-semántico, no se corresponde con la vaguedad que afecta a la propia disciplina lingüística y a su aparato conceptual, que haría del *metalenguaje* un nivel de abstracción superior al sistema lingüístico, en el que ha de tener cabida descriptiva la continuidad ;

b) La segunda y última tiene que ver con que, al suponer que no hay falta de estructuración en el lenguaje ni el continuum merced confianza suprema, la categorización no discreta no es enemiga de la categorización clásica o discreta, sino una *óptica más general*, en la que nunca cabe la imprecisión.

## **II. 2. Análisis crítico.**

Ya hemos aludido más o menos implícitamente a algunas reservas ante este planteamiento presuntamente rupturista. Ahora es momento de profundizar algo más. Pese a que suponga un avance, si atendemos al movimiento pendular del conocimiento, resulta en conjunto una propuesta incompleta, que T. Moure intenta extrapolar a otros ámbitos a priori y en otro momento impensables como el sociolingüístico.

La *nueva* alternativa presenta un problema de base. Esta autora observa buenos precedentes del programa lingüístico no-discreto, pero no pasa de establecer una serie de recomendaciones para la nueva metodología, que contienen a menudo concesiones a lo no-discreto, sobre todo quizá por un afán en última instancia conciliador. Critica el éxito del aparato conceptual estructuralista, al que ella aspira o acaso envidia en realidad. Lo tacha de arbitrario, de tratar las clases con absoluta homogeneidad. Tal vez no le falta razón en la vertiente más estricta, que ya pocos estudiosos defienden a estas alturas, pero sí en sus posteriores derivaciones funcionalistas.

La óptica no-discreta vacila entre fortalecer los conceptos o refinar las clasificaciones, como se ve en la explicación de fenómenos más concretos como la complementación verbal. T. Moure, a partir de que *obligatoriedad* y *marginalidad* son dos polos extremos (obligatoriedad mínima / marginalidad máxima y obligatoriedad máxima / marginalidad mínima), que admiten gradaciones « sutiles », T. Moure apuntaba hasta

---

<sup>31</sup> Cf. T. Moure, *op. cit.*, p. 275.

cinco estadios en los complementos clausales, con áreas intermedias, que resumía en el siguiente esquema<sup>32</sup> :

1	2	3	4	5
CDIR(ecto)	CDIR	CDIR	CDIR CDIRadv(erbial)	CDIR CDIRadv
	CIRCUNS(tancial)	CIRCUNS	CIRCUNS CADVloc(ativo)/ Aditamento inter- medio	CIRCUNS CADVloc/ SUPL inherente
		SUPL(emento)	SUPL	SUPL propio SUPL indirecto
CIND(irecto)	CIND	CIND	CIND CADVmod(al) (PREDicatiVO)	CIND CADVmod/ SUPL atributivo

Este conato de síntesis de la teoría sintáctica sobre la complementación de la cláusula, que concibe una fuerte tendencia a la dispersión en todas las funciones sintácticas, merece algunas precisiones : a) la dudosa y no suficientemente justificada asignación del CIRCUNS(tancial) en el segundo estadio ; b) la ausencia de una fase atributiva primigenia ; c) prescindencia del sentimiento de los hablantes, pues basa la diferenciación entre suplemento y complemento directo en el criterio de la afección, y a pesar de su enfoque prototípico, continúa con la tradición vinculando al complemento directo preposicional con la alta animación ; d) deduce, de la « más sutil diferencia de comportamiento » que muestren los *complementos directos adverbiales*, o aquellas zonas fronterizas entre suplemento y aditamento, que « es suficiente para ensayar nuevas tentativas de análisis » ; sin embargo, aun justificándolos en aras del avance del conocimiento, suponer pagar un « coste adicional : la multiplicación de los conceptos sintácticos »<sup>33</sup>, lo que parece alejarse un tanto de los objetivos, aún no sistematizados en ese momento, de su programa ; e) habría que observar la frecuencia con que se aleja el complemento

<sup>32</sup> T. Moure, *op. cit.*, p. 219 ; clasificación a la que llega a raíz de las conclusiones de los trabajos, que ya insinuamos al comienzo de este estudio, de publicación anterior a lo que podríamos llamar su manifiesto, pero de redacción simultánea, y que pasamos a concretar : T. Moure, « Sobre el carácter no discreto de la complementación clausal », *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna*, 14, 1995, p. 109-139 ; T. Moure, « Sobre el controvertido perfil del complemento directo », *Moenia*, 1, 1995, p. 47-110 ; y T. Moure, « El estatus vacilante del complemento indirecto », *Anuario de Lingüística Hispánica*, XI, 1995, p. 277-307.

<sup>33</sup> T. Moure, 1996, p. 131.

directo del rasgo ‘telicidad’ ; f) para las zonas intermedias entre complemento indirecto y complemento oblicuo, no propone otra alternativa que no sea la ‘animación’ y la ‘conmutación pronominal’ ; g) la oposición télico / atélico, y otras del tipo objeto afectado / efectuado, o ‘control del proceso’, son escasamente rentables, al no tener repercusión clara en la expresión lingüística ; h) no va más allá de establecer *tendencias* con amplios márgenes de *desviación*, como la proporcionalidad entre la ascensión en la escala de determinación (a través del empleo del artículo o del indefinido) y el aumento de posibilidades de la interpretación télica ; o la total afección del objeto en la interpretación télica y sólo parcial en la atélica. En este sentido, somos conscientes de la dificultad que entraña averiguar qué pertenece a lo extralingüístico, lo que se agrava cuando se acude a la *afección* o la *telicidad* o se afirma que cuando el verbo puede organizar una predicación monoactancial, el objeto se halla concernido en el proceso y por eso no se adapta al supuesto perfil de ‘meta’ ; i) en cuanto al apriorismo considerado por T. Moure de identificar el complemento directo como expresión exclusiva de la telicidad, su propia teoría no lo es menos, por más que distinga *desviaciones* en el prototipo, que al final no sabemos muy bien si es arbitrario o está basado realmente en la frecuencia de uso ; j) que en todo momento siga empleando las etiquetas funcionales tradicionales ; k) las perfectas concordancia y correferencialidad como condiciones de la reduplicación pronominal que permite diferenciar directo e indirecto son cuantitativamente demasiado restringidas ; l) para dar cuenta de las áreas de transición entre suplemento y predicativo, tampoco parece suficiente y rigurosa la solución de *ampliar* este último, que incluiría de ese modo complemento adverbial modal. Su esfuerzo en señalar en la *práctica* etapas en la aparición de complementos clausales contrasta con el continuum categorial que preside su concepción más bien *teórica* de las funciones sintácticas, donde, desde un talante conformista, confiesa que estos casos problemáticos, anómalos, no resultan de vacilaciones, torpeza o insuficiencia de las teorías gramaticales, sino de una carencia de imprecisión inexorable. Conceptos intrínsecamente intermedios porque :

Las funciones sintácticas, como muchos otros de los conceptos utilizados en lingüística, son clases que albergan ejemplares heterogéneos : algunos de ellos resultan idóneos para representarlas ; otros claramente marginales y todos ellos dentro de una transición ininterrumpida de variantes porque la variedad es una constante del lenguaje humano.<sup>34</sup>

Aun así, parece dudoso el carácter « ininterrumpido » de las transiciones, que se reduce en los hechos a un número reducido. Da la impresión de que este armazón teórico conoce limitaciones efectivas, al utilizar etiquetas discretas, lo que hace plantearse si el enfoque es tan novedoso o si en realidad no se aleja demasiado de las habituales zonas de transición de la lingüística no-difusa. Nosotros preferiríamos, en cambio, para eliminar esta « ambigüedad », postular la *neutralización* de complemento directo y

---

<sup>34</sup> T. Moure, 1996, p. 289-290.

complemento indirecto en estructuras con dos actantes o participantes, y m) es lógico que se defiende teóricamente que el número de estadios intermedios es potencialmente infinito, pero, contradictoriamente, los resultados efectivos muestran todo lo contrario.

A lo dicho, podemos documentar otras contrapruebas, procedentes en esta ocasión de autores y funcionalismos diversos :

1) Eva Spitzová recuerda que la manida definición del objeto directo como el *recipiente directo* de la acción del verbo, y la de los objetos indirecto y preposicional como los que la reciben de modo indirecto, ha sido criticada justamente por demasiado vaga, pero no por deficiencias formulativas, sino, y esto es lo que nos interesa, por la ausencia de auténticas diferencias de significado entre estas clases de objetos<sup>35</sup>. No se cuestiona la existencia de tales categorías, pero sí el encontrar criterios formales y semánticos fiables. Citando a Juan de Dios Luque, « en el lenguaje los elementos no permanecen en un caos absoluto, sino que de alguna manera tienden a agruparse espontáneamente »<sup>36</sup>. Tal vez por ello, ante los problemas de establecer límites prácticos entre objeto directo e indirecto, Francisco Javier Tamayo y Joaquín José Fernández opten, en su enfoque funcional contrastivo, por nociones más generales como la de *complementación*, a saber, comprobar si una forma verbal en un determinado contexto requiere o no la presencia de un objeto, sin tener en cuenta la índole de éste<sup>37</sup>; 2) es incoherente que un autor como J. M. García-Miguel, de intereses teóricos comunes a los de T. Moure, asegure en una caracterización de suplemento y complemento adverbial *discreta*, que para que se pueda estimar una función sintáctica nueva, han de fijarla patrones de recorte formales, y no semánticos, cuando en realidad señala tendencias semántico-pragmáticas<sup>38</sup>, y correlaciona factores discursivos y marcación variable de los participantes<sup>39</sup>; 3) otros estudiosos han propuesto la cercanía entre complemento indirecto y

<sup>35</sup> E. Spitzová, « El régimen y los complementos del verbo », *Études Romanes de Brno*, VII, 1974, p. 45-57[56].

<sup>36</sup> J. D. Luque Durán, *Las preposiciones, I y II* [1973], Madrid, SGEL, 1974, [II, 15].

<sup>37</sup> Cf. F. J. Tamayo y J. J. Fernández Domínguez, « La explicación de las estructuras transitivas : consideraciones sobre una descripción contrastiva inglés-español. Aproximación teórica », en *Gramática contrastiva inglés-español*, textos reunidos por M. Martínez Vázquez, Huelva, Universidad, 1996, p. 45-59. Así, en *Me encanta el baloncesto o El alcalde le habla a sus vecinos*, el objeto indirecto identifica a uno de los participantes implicados en el estado de cosas designado por el verbo. La omisión en el primer caso provoca la agramaticalidad, y en el otro una modificación en el significado del verbo (*el alcalde habla* : 'capacidad'), de lo que se concluye que el objeto indirecto es un elemento nuclear en la oración, y que estas estructuras son claramente transitivas, con lo cual terminan en una solución discreta.

<sup>38</sup> Cf. J. M. García-Miguel, *Las relaciones gramaticales entre predicado y participantes*, Santiago de Compostela, Universidad, 1993, p. 25.

<sup>39</sup> Cf. el trabajo citado en nota anterior, y, sobre todo, J. M. García-Miguel (« La expresión de actantes centrales en español (romance) y bribri (chibcha) : tipología, discurso y cognición », *1º Encontro de Linguística Cognitua. Porto, 28-29 maio de 1998*, 1998, <<http://www.uvigo.es/webs/h06/weba575/jmgm/public/porto98.pdf>> [Consulta : 12-08-06]), donde establece que en las lenguas ergativas, se obtienen construcciones marcadas cuando el llamado *participante* presenta información relativamente menos accesible, lo mismo que en lenguas acusativas se esperan formas de expresión marcadas para el objeto cuando éste es más accesible, temático o dado. A (participante agentivo) suele asociarse con

complemento circunstancial de dirección : al respecto, hay interpretaciones diversas, con justificaciones que oscilan desde la carencia de nociones como *esquema oracional*, que sostiene la teoría de los esquemas sintáctico-semánticos ; hasta la cognitiva, para la que considerar uno u otro *sólo* (?) depende de las restricciones semánticas del esquema verbal ( $\pm$  dominio abstracto,  $\pm$  dominio espacial, movimiento abstracto o local) ; esta idea, que recurre a una obligatoriedad negada a priori, supone calificar a los indirectos como subtipo de los complementos de lugar, frente a los complementos directos ; sólo reajusta levemente la clasificación tradicional discreta, y no define qué posición adopta ante los complementos directos preposicionales ; 4) existen parcelas en las que a primera vista ya parece más pertinente el enfoque difuso : a) la « gradación », en cuatro fases, del proceso de transitivación (en cuanto « desemantización ») de verbos como en *yo existo en este mundo, yo vivo en esta casa, yo habito (en) esta casa, yo ocupo esta casa*<sup>40</sup>, una solución a fin de cuentas discreta ; como los diferentes grados de gramaticalización en las perífrasis, según el mayor o menor cumplimiento o actualización de una serie de rasgos<sup>41</sup>. Aparte de considerar ficticio, al menos sincrónicamente, el concepto de *gramaticalización*, habría verbos con mayor o menor espectro significativo, y locuciones que adquirirían un significado más o menos especializado o distinto al originario ; b) los predicados complejos y expresiones idiomáticas, donde parece importar sobre todo saber las que son fijas de las que no lo son<sup>42</sup>. No extraña entonces que el generativismo sólo considere expresiones reanalizadas y no reanalizadas ; c) los problemáticos límites entre clases de palabras<sup>43</sup>, como el adverbio y locuciones adverbiales, cuya imposibilidad de definir satisfactoriamente reconoce Leonor Ruiz Gurillo<sup>44</sup>, sobre todo aquellos elementos *a punto de* ser preposiciones, lo que reafirma al adverbio como la categoría peor definida de la gramática española, con permiso de la *preposición* o la *función incidental*, asuntos que aún hoy día siguen suscitando divi-

---

información dada y P (participante no agentivo) con información nueva ; el principio de economía induce a marcar sólo lo que va en contra de lo esperado. Los participantes más prominentes cognitivamente (centrales, y de éstos el participante A en cláusulas transitivas), sirven de base para el desarrollo del discurso y presentan información dada, accesible en el contexto inmediato. Por eso presentan formas de expresión más 'débiles' (concordancia, pronombres clíticos, cero...) y suelen reservarse los morfemas relacionales, que implican mayor carga en el procesamiento.

<sup>40</sup> Cf. J. D. Luque Durán, *op. cit.*, p. 14.

<sup>41</sup> Revelador es el testimonio de Leonardo Gómez Torrego : « El fenómeno perifrástico presenta grados diferentes, pues existen construcciones de infinitivo que responden a todas las propiedades sintácticas que hemos considerado (...), pero hay otras que presentan sólo alguna o algunas de las propiedades. Plantearse cuándo una construcción de infinitivo empieza a ser perífrasis no tiene mucho sentido, pues, como decimos, el fenómeno perifrástico tiene carácter gradual. Esta es una de las razones de que los estudiosos del tema no se pongan de acuerdo en el número de las perífrasis del español » (L. Gómez Torrego, « Los verbos auxiliares. Las perífrasis verbales de infinitivo », en *Gramática descriptiva de la lengua española*, textos reunidos por I. Bosque y V. Demonte, Madrid, Espasa, 1999, p. 3323-3390[3334-5]).

<sup>42</sup> Así procede Alberto Zuluaga (A. Zuluaga, « La fijación fraseológica », *Thesaurus*, X, 1975, p. 225-248), una de las autoridades en fraseología española actual.

<sup>43</sup> Cf. Y. A. Rylov, *Sintaxis de relaciones del español actual*, León, Universidad, 1989.

<sup>44</sup> Cf. L. Ruiz Gurillo, « Relaciones categoriales de las locuciones adverbiales », *Contextos*, XV : 29-30, 1997, p. 19-31.

sión de opiniones, que reviven la inevitable cuestión *periférica*<sup>45</sup> ; 5) En cuestiones conceptuales, a T. Moure le sorprendía (!) el escaso empleo en lingüística, exceptuando, si acaso, en las industrias de la lengua ; de los *conjuntos borrosos* ; así como quienes los criticaban por su exceso de confianza en las valoraciones cuantitativas (!!) ; señala respecto de otros su aún incipiente desarrollo, con prometedoras posibilidades, como las jerarquías implicacionales o la teoría prototípica, muy fructífera en lingüística pero por sí sola meramente intuitiva, con el peligro de caer en el binarismo simplista y asimilarse al *estereotipo*<sup>46</sup>. En este sentido, si considera que el estereotipo se desmarca de lo estrictamente lingüístico, porque, como la propia T. Moure establece, margina (*a la periferia*) componentes del significado que sólo aprecian unos cuantos hablantes expertos, no se entiende por qué se aboga entonces por integrar el componente enciclopédico. Previamente Ronald W. Langacker había reconocido las limitaciones del prototipo en la búsqueda de definiciones universales para una gramática cognitiva. Asimismo, y desde esta orientación, José Luis Cifuentes había atenuado su valor, porque toda categoría metalingüística no pasa de ser una construcción metodológica : sólo podrían justificar los *prototipos* las diferencias que pudieran presentar los miembros que la integran<sup>47</sup>. Junto al hecho de que nos preguntamos si ese « aire de familia » – característica(s) ideal(es) –, implica reconocer aún un mejor ejemplar<sup>48</sup>, está claro que las definiciones prototípicas tienen que considerarse *sólo* como una posibilidad. Queda en cualquier caso pendiente conocer cuáles son los conceptos por naturaleza no discretos y qué proporción estadística revelan. Afirmar las carencias de estructuración en el lenguaje o

<sup>45</sup> Es previsible entonces la frecuencia en los estudios gramaticales del español del adjetivo *periférico*, aplicado a la preposición (Cf. M. L. López, 1970), o a los sintagmas que encabeza, a los sintagmas nominales compuestos de núcleo y adjetivo), los « adverbios de modalidad », « adverbios de marco » y los adverbios « externos al dictum » (C. Fuentes Rodríguez, « Adverbios de modalidad », *Verba*, 18, 1991, p. 275-321 y O. Kovacci, « El adverbio », en *Gramática descriptiva de la lengua española*, textos reunidos por I. Bosque y V. Demonte, 1999, 705-786[737 y 740]), respectivamente ; las transiciones poco bruscas en el ámbito extraoracional y la consiguiente y ya mencionada *función incidental* en el grupo funcionalista ovetense, sobre la que no se sabe si aducir que la sintaxis extraoracional admite otros condicionantes y un funcionamiento de las relaciones sintácticas radicalmente distinto o buscar otras definiciones más precisas, dentro siempre de la periferia oracional ; asimismo, serían periféricos el aspecto en español (M. J. Rodríguez Espiñeira, « Clases de 'Aktionsart' y predicaciones habituales en español », *Verba*, 17, 1990, p. 171-210), construcciones con sujetos « menos aptos » como *es de día* o *es que no me entiendes* y oraciones de *parecer* con cláusula completivas (C. Cabeza, « El verbo *parecer* con cláusula completiva : un problema de análisis sintáctico », en *Permanences et Renouvements en Linguistique Hispanique. Actes du VI Colloque de Linguistique Hispanique*, Toulouse, Université de Toulouse-Le Mirail, 1995, p. 209-216) ; las circunstanciales consecutivas (A. I. Álvarez Menéndez, « Las construcciones consecutivas », en *Gramática descriptiva de la lengua española*, textos reunidos por I. Bosque y V. Demonte, 1999, p. 3739-3804[3765]), y, evidentemente, el nivel pragmático-enunciativo. Cf. M. Martí, 1988, p. 15-6 ó S. Gutiérrez Ordóñez, « ¿ Hacia dónde va el funcionalismo sintáctico ? », en S. Gutiérrez Ordóñez, *Principios de sintaxis funcional*, Madrid, Arco Libros, 1997, p. 548-585.

<sup>46</sup> Situado más bien en una perspectiva sociolingüística, se suele concebir como cierto grado de certeza sobre las peculiaridades más o menos notorias de los objetos, establecidas socialmente, que es igualmente « le noyau central d'une catégorie prototypique dont la périphérie la plus extrême est formée par les idiosyncrasies individuelles » (E. Geeraerts, « Les données stéréotypiques, prototypiques et encyclopédiques dans le dictionnaire », *Cahiers de lexicologie*, 46-1, 1985, 27-43[38]).

<sup>47</sup> Cf. J. L. Cifuentes Honrubia, *Gramática cognitiva. Fundamentos críticos*, Madrid, Eudema, 1994, IV, p. 40-42.

<sup>48</sup> Cf. S. Gutiérrez Ordóñez, *op. cit.*, p. 123.

la desconfianza en el continuum es hacer concesiones, en su caso, no deseadas, a lo discreto, como cuando se condena que la óptica difusa avale la imprecisión y que se acuda sólo a lo no-discreto si no hay otra mejor solución posible. Por otra parte, jerarquías y gradaciones no dejan de ser naturalmente discretas, que deben fijar puntos arbitrarios, a conveniencia y número variable del especialista, que, en el caso de la *gradación*, dispone de una gama de intervalos infinitos que *procedimental* o *metodológicamente* ha de « reducir » a finitos, por lo que no hay criterios firmes que sustenten el carácter difuso de los grados de cohesión de los complementos transitivos con el verbo. Tampoco se entiende por qué el *metalenguaje* puede ser no necesariamente discreto. Dicho de otro modo : si el sistema lingüístico es discreto, no se comprende por qué el aparato conceptual no haya de serlo, sobre todo si se trata de « otro » tipo de lenguaje más abstracto y más general. El componente *vago* quedaría compensado con la materia del continuum de la realidad. Esto evitaría, al decir de I. Bosque, que sólo se contara con clasificaciones discretas a las que añadir más tarde los casos discordantes<sup>49</sup>, simplificación malintencionada de la cuestión, así como afirmar que las clasificaciones discretas no tienen en cuenta los grados o que deben irremediabilmente admitirlos. En tal caso, ¿ no supone reconocer la vaguedad o la existencia de transiciones lo que hace un funcionalista alarquiiano *ortodoxo* como José Antonio Martínez cuando da fe, no sólo, de las diferencias de grado o « grados de agramaticalidad », sino cuando concluye que el « no tan circunstancial » complemento de compañía pueda ser atraído hacia la esfera de la función sintáctica suplemento, sin preocuparle en exceso tal o cual denominación ?<sup>50</sup>. Las supuestas y ocasionales « transiciones » pueden explicarse desde la neutralización, lo que evita multiplicar innecesariamente etiquetas funcionales. Incluso no ha de descartarse, con Carlos Hernández Sacristán, que la *ambigüedad*, que él aplica a la función sintáctica *aditamento*, podría incluso ser deseable y « necesaria » para el sistema<sup>51</sup>. Es lógico que haya ejemplos ambiguos, « dudosos », o de difícil explicación, que se resisten a las clasificaciones, tanto más si están poco elaboradas. Por otra parte, se ha reducido el concepto de oposición al de simple dicotomía. Se identifica equivocadamente binarismo y solución discreta. No tiene por qué haber sólo oposición binaria,

<sup>49</sup> Cf. I. Bosque, *op. cit.*, p. 106. Se trata, claro está, del estudio mencionado en los preliminares de este trabajo.

<sup>50</sup> A pesar de ciertas ambigüedades del planteamiento, como algunos casos poco claros, junto a verbos con « incremento reflexivo » necesario, del tipo « La historia *se* confabuló con la leyenda » ; « *Se* carteaba con una tal *Paca* que vivía allí todavía » (Cf. J. A. Martínez, « El no tan circunstancial « complemento de compañía », *Lingüística Española Actual*, XVII, p. 201-228[217]), que rigen « CC » (respecto del sujeto), ya que serían, según este autor, más bien suplementos ; hay que reconocer lo sugestivo de su propuesta : la « atracción de funciones » no necesita constatar grados intermedios ; contempla que el « CC » pueda expresarse como atributo (con *estar*), sin que la significación de « compañía » se vea afectada : « Pedro estaba con Juan = Juan estaba con Pedro » (« *Lo* estaba ») ; « El paraguas está con la máquina de escribir » (« *Lo* está »). De modo análogo, el « CC » se inscribe en (o está muy cerca de) la función de atributivo de sujeto, y, sobre todo, del implemento : « *María* la sorprendí con su amigo = *A su amigo* lo sorprendí con *María* » ; « No *te* imaginaba yo con *esa chica* = No imaginaba yo a *esa chica* contigo » Cf. J. A. Martínez, *op. cit.*, p. 212.

<sup>51</sup> C. Hernández Sacristán, « Notas sobre ambigüedad estructural y redundancia en sintaxis », en *IV Congreso de Lingüística General, Cádiz, del 3 al 6 de abril de 2000, II y III*, textos reunidos por M. D. Muñoz Núñez *et al.*, Universidad de Cádiz y Universidad de Alcalá, 2002, p. 1387-1394[§ 3.2., p. 1390-1391].

sino de tres, cuatro o cuantos miembros se consideren necesarios dentro de un sistema ; un binarismo que, como apuntaba el círculo praguense, puede ser asimétrico. Jerarquías, gradaciones y prototipos no pasan de ser herramientas metodológico-didácticas convencionales y (lo que es más grave), apriorísticas : la pretensión de establecer la jerarquía de la animación con base en dimensiones lingüísticas, y nunca sobre requisitos puramente nocionales, es algo realmente difícilmente alcanzable ; esto se propaga al continuum de objetividad de los participantes de la cláusula, si se sostiene que un sujeto « es menos sujeto » que otro, o se juzga que un participante es « no verdaderamente destinatario » o « no verdaderamente paciente ».

En toda esta polémica, tiene mucho que decir la ya aludida teoría de los esquemas oracionales, desarrollada en la señalada como tercera rama del funcionalismo español, de la que, por razones interesadas o simplemente por desconocimiento, T. Moure obvia cualquier alusión, es partidaria de respetar el carácter histórico de las lenguas particulares, pero se separa de un punto de vista categorial discreto y absoluto de Platón o del racionalismo ; del positivismo de Bertrand Russell o Rudolf Carnap (frente a estos, las categorías no son marcas estables del mundo real ni condiciones necesarias y suficientes), y de la concepción *no-discreta* de L. Wittgenstein, sin descartar por ello las *transiciones* entre las clases semánticas, en que se agrupan la mayor parte de los esquemas sintácticos posibles de una lengua que se explican por el carácter *defectivo* (noción no lo bastante explorada) de algunos tipos de oraciones, o por el universal lingüístico praguense que explica el carácter histórico mencionado, a saber, centro y periferia<sup>52</sup>. Aceptan, pues, una oposición binaria, con un prototipo-centro<sup>53</sup>, pues para esta teoría *discreta* es un problema diferenciar un centro del centro, una periferia central y una no central y aludir a elementos considerados obligatorios a priori. Este es uno de los aspectos más sugestivos de esta teoría, la revisión crítica, no tanto su propia propuesta. En verdad, las principales objeciones a las gramáticas de corte no-discreto<sup>54</sup>, rebatibles difícilmente, pasan por : a) aceptar una universalidad no demostrada en lo concerniente a las funciones semánticas. Así por ejemplo, Jacinto Espinosa, uno de los autores más relevantes de esta escuela, alega la inadecuación del continuo de la transitividad, según parámetros establecidos convencionalmente a priori<sup>55</sup>, la presuposición en realidad de unos casos semánticos, con independencia de las lenguas particulares, y la aceptación

<sup>52</sup> Cf. con relación a esta idea la posición de V. Báez e Inmaculada Penadés (V. Báez e I. Penadés Martínez, « Diccionario informatizado de construcciones oracionales y el proyecto « Esquemas sintáctico-semánticos del español », *Lingüística Española Actual*, XII, 1990, p. 103-136 [132]).

<sup>53</sup> Así pues, según V. Báez (V. Báez San José, *Desde el hablar a la lengua. Prolegómenos a una teoría de la sintaxis y la semántica textual oracional*, Málaga, Ágora, 2002), los sustantivos deverbales y deadjetivales, al no admitir singularización posible, estarían en la periferia estricta de la categoría sustantivo. En cualquier caso, no parece que a estos autores les preocupe en exceso el binomio núcleo / periferia, por su inmediata connotación *difusa*.

<sup>54</sup> Cf. al respecto el citado trabajo de V. Báez e I. Penadés.

<sup>55</sup> En particular, se pregunta si P. J. Hopper y S. A. Thompson consideran que en *olvidé tu nombre* el objeto es afectado o no, ya que no responde afirmativamente a la prueba semántica *¿qué le pasa a Y?* Y no sólo eso, sino que parece dudoso pensar que *olvidar* es una acción (J. Espinosa García, « Las funciones semánticas oracionales en la gramática

de los criterios de la transformación, cambio o promoción de funciones (el caso citado de T. Givón), rechazando las *oposiciones funcional y significativa*, que quizá T. Moure identifica de modo simplista con *binarismo*, sin tener en cuenta su vertiente asimétrica. De ahí que sean inadmisibles las oraciones transitivas prototípicas del funcionalismo tipológico, por basarse en definiciones a priori. Aun definida como gradación sin límites claros, la transitividad sigue asociada al modelo actor-acción-paciente (« acción pura », no marcada), cuando no todos los esquemas lo satisfacen<sup>56</sup>; b) han confundido niveles de análisis, al mezclar el concepto semántico apriorístico de paciente, con *no tópico* o *no conocido*, nociones sólo válidas en el (con)texto y la situación, que esta escuela discreta, justo es decirlo, injustamente desprecia y cuele en las descripciones de hechos específicos; c) han identificado *función* y *unidad* (o categoría), cuando debe ser una noción *relacional* (un objeto indirecto es *objeto indirecto de X*). Con todo, también asumen que la discusión acerca del carácter prototípico de sujetos y objetos se halla lejos de encontrar una solución, aun entre los mismos tipologistas: aluden a Edith A. Moravcsik, que recuerda, con toda justificación, que muchas lenguas toleran la confusión del sujeto y del objeto, por lo que el criterio de *no-confusión* no sirve<sup>57</sup>; d) lingüistas como Michael Silverstein no ven inconveniente en diferenciar agentes y pacientes *tópicos* y *esporádicos*. Esto implica, sea definiciones circulares: no sería ilícito considerar *agentes prototípicos* (sujetos y tópicos) o *tópicos prototípicos* (sujetos y agentes), de acuerdo con J. Espinosa<sup>58</sup>; sea definiciones sin sentido: postular diversos grados del carácter de *sujeto* de una unidad « implica no definir algo por lo que es, sino por lo que puede ser »<sup>59</sup>; y e) lo inevitable: para Pedro Pablo Devís, otro autor señero de este funcionalismo, el mayor problema de estas tendencias reside en negar la discreción del signo lingüístico. Las unidades lingüísticas, que aluden a una realidad interpretada, están delimitadas precisamente; la continuidad se da en la realidad objetiva, o a lo sumo en la conceptualización o modo de concebirla del hablante, pero nunca en la lengua, que acota y estructura la interpretación de la realidad<sup>60</sup>, continuo independiente de las lenguas particulares, frente a las estructuras-reducciones intralin-

---

prototípica», en *Estudios de la Universidad de Cádiz ofrecidos a la memoria del profesor Braulio Justel Calabozo*, textos reunidos por J. Martín Castellanos *et al.*, Cádiz, Universidad, 1998, p. 321-332[330, n. 3]

<sup>56</sup> J. Espinosa (*op. cit.*, p. 325), con razón, aduce los de « actor-acción-resultado, objeto afectado-proceso-objeto caracterizador, portador de actitud-actitud-objeto de la actitud, productor de un efecto-producción de un efecto-afectado, etc., que corresponderían a expresiones del tipo el albañil construirá nuestra casa, no olvidamos su nombre, aman a los afligidos, la epidemia los está destruyendo ».

<sup>57</sup> Cf. V. Báez, *op. cit.*, p. 197, n. 188 y E. A. Moravcsik, « On the limits of subject-object ambiguity tolerance », *Papers in Linguistics*, 11 : 1/2, 1978, p. 255-259.

<sup>58</sup> Cf. J. Espinosa, *op. cit.*, p. 328.

<sup>59</sup> V. Báez, *op. cit.*, p. 192, n. 182.

<sup>60</sup> Cf. P. P. Devís, *Fundamentos teóricos básicos de morfología y semántica oracionales*, Málaga, Ágora, 2000, p. 47-48.

güísticas de estas<sup>61</sup>. En efecto, las categorías lingüísticas no pueden ser sino discretas y opositivas.

Desde su óptica generativa, J. L. Mendívil apuntaba el carácter no difuso de la *gramática universal*, que llega más lejos que el funcionalismo no-discreto en describir la irregularidad y complejidad de la lengua, un hecho, más que un verdadero descubrimiento :

la teoría gramatical es el estudio de la lengua-I, esto es, de la lengua interiorizada por el hablante ; pero esa lengua no resulta de la inferencia que el hablante hace de los datos lingüísticos del entorno, no es una « copia » que el hablante hace del entorno, sino que deriva de su capacidad para desarrollar un tipo específico de gramáticas para las que el hablante, por decirlo así, está diseñado. Esta lengua-I derivada de una Gramática Universal (GU) que, por necesidad, en el modelo, en la teoría que el lingüista construye, es de naturaleza discreta.<sup>62</sup>

Como señala este autor, continuando con el juego conceptual, si la sensación de gradualidad, provocada por la mezcla de distintos puntos de vista (que, sin embargo, nunca específica), prueba el carácter gradual de las categorías lingüísticas, entonces no podría explicar por qué también existe la sensación de *discreción* « a no ser, lo cual es una posibilidad interesante, que estemos diseñados para entender sólo lo discreto »<sup>63</sup>. Con una adecuada formulación, una teoría discreta que reduzca los tipos de datos y perfile mejor y reduzca las clases puede ser científicamente más rentable, aun siendo menos ambiciosa y no pudiendo alcanzar, verbigracia, el nivel de segmentación.

También la posición generativo-lexicista de M. Carmen Horno es elocuente al respecto, al diferenciar la *psicolingüística*, operación cognoscitiva humana, como destino final de la gramática prototípica...

Desde una perspectiva puramente lingüística, sin embargo, el análisis de las categorías en términos prototípicos parece mucho más difícil de sostener. Entre otros aspectos,

<sup>61</sup> Cf. V. Báez, *op. cit.*, p. 186, n. 173. Como ya hemos insinuado, y frente a lo que pueda parecer, no todo son logros en esta teoría, cuyas mejores bazas son, claro está, el carácter discreto de las categorías lingüísticas, y las razonadas críticas a las otras escuelas (su exceso de confianza en los mecanismos operacionales, prescindencia de la combinatoria sintagmática, conceptos como *sujeto* o *sustantivo* carecen de validez interlingüística, con frecuencia no hay auténticas definiciones de funciones, sino identificaciones con una posición, caso o preposición). Por el contrario, en ocasiones, descuida el verdadero objeto de investigación, por un obsesivo rigor terminológico (disparidad de criterios en las funciones sintácticas o en los tipos de universales) ; deslizamiento o « intrusión » de la terminología tradicional o del logicismo, o tal vez incapacidad de encontrar un aparato conceptual más adecuado, empleo demasiado frecuente de criterios *textuales* que en teoría desprecian, como la pronominalización, coordinación o la obligatoriedad/opcionalidad ; se descuida que un verbo puede necesitar delimitaciones más estrechas ; da entrada sin pretenderlo a lo extralingüístico ; no se diferencian claramente las *funciones sintagmáticas* (determinante, núcleo, adyacente, cuantificador, enlace, término) de las *funciones sintácticas* ; ¿ hasta qué punto sirve entonces que V. Báez e I. Penadés confeccionen hasta setecientas propiedades caracterizadoras de cada núcleo predicativo, o establecer un estudio de las marcas semánticas, enrevesado, poco práctico y aún provisional, al modo de Báez, en su citado trabajo ?

<sup>62</sup> J. L. Mendívil, *op. cit.*, p. 59. Llama la atención que apele a J. V. Neústupný como lingüista no-discreto.

<sup>63</sup> J. L. Mendívil, *op. cit.*, p. 66, n. 17.

este tipo de análisis no da cuenta de las relaciones sistémicas que se originan en las lenguas naturales. Esto es, no nos permite explicar aspectos tan básicos como que, independientemente del grado de marginalidad que presenten las unidades lingüísticas, su comportamiento morfológico (especialmente en cuanto su flexión), por ejemplo, depende únicamente de la categoría gramatical a la que pertenezca. En este tipo de cuestiones no existe la posibilidad de mantener un *continuum* gradual de elementos. El objetivo de este trabajo será, por tanto, afrontar la existencia de elementos marginales en la definición de las unidades categoriales sin tener que renunciar, con ello, a la naturaleza con ello, a la naturaleza discreta de las categorías lingüísticas.<sup>64</sup>

Por este camino parecen discurrir las críticas a la lingüística cognitiva procedentes de algunos sectores funcionalistas, para los que parece más útil «para explicar sólo el proceso de la comunicación, antes que la Lingüística en toda su complejidad»<sup>65</sup>.

Para terminar, debemos puntualizar que este aconsejable *recorte artificial* de posibilidades se produce no sólo en el nivel fonético-fonológico ; así ocurre siempre en el vocabulario, por más que, claro está, los sustantivos abstractos o no contables denoten entidades continuas. En este sentido, José Manuel González Calvo, en unas contundentes consideraciones sobre la palabra y sus clases, subraya que la existencia de transiciones en la delimitación categorial se produce en cualquier ámbito lingüístico : « No sé por qué hay que ver como confuso o borroso lo que probablemente sea el aspecto que muestra mejor el movimiento o vitalidad de las lenguas, entendidas como hechos sociales e históricos, como instituciones humanas »<sup>66</sup>. Por esta razón, los fenómenos más complejos y más interesantes son siempre los periféricos y limítrofes con otras unidades (en este campo, el morfema, el sintagma y los fraseologismos). En esta dirección ahonda, de nuevo con gran sentido común, M. Martí, que califica de « impureza externa » la debilidad de los límites entre lo lingüístico y lo extralingüístico ; y como « impureza interna », la que tiene lugar « dentro del sistema lingüístico »<sup>67</sup>, basándose, efectivamente, en que la sensación de carácter borroso proviene del continuum de lo real, de la insuficiencia de los criterios y de la perspectiva lingüística en la que se trabaje. Inspirándose en P. H. Matthews, determina la importancia que tiene el nivel conside-

<sup>64</sup> M. C. Horno Chéliz, *Lo que la preposición esconde. Estudio sobre la argumentalidad preposicional en el predicado verbal*, Zaragoza, Pressas Universitarias de Zaragoza, 2002, p. 127. Nos parece conveniente aclarar, fuera de estos, sin duda inteligentes, presupuestos de una corriente que, aunque pretende modernizarse, le sigue perjudicando su tónica general sectaria *saecula saeculorum*, y otros factores más o menos contingentes como la omisión interesada de bibliografía, la extrema complejidad del aparato formal, su apriorismo ; así como sus disensiones internas. Así, frente a J. L. Mendivil, M. C. Horno sostenga grados en el proceso de *reanálisis* cuya presencia decidiría si estamos ante expresiones idiomáticas y predicados complejos, cuestión de la que deja interrogantes sin resolver, del tipo : ¿ no podría tratarse de acepciones distintas de un mismo verbo ? , ¿ existe vinculación directa entre reanálisis y no-argumentalidad ? , etc.

<sup>65</sup> S. Gutiérrez Ordóñez, « ¿ Clases o prototipos ? », en *IV Congreso de Lingüística General. Cádiz, del 3 al 6 de abril de 2000*, V, textos reunidos por M. Casas Gómez, Universidad de Cádiz y Universidad de Alcalá, 2002, p. 103-141[134].

<sup>66</sup> J. M. González Calvo, « Sobre la palabra y las clases de palabras », *Revista Española de Lingüística*, 30 : 2, p. 309-329[309-310].

<sup>67</sup> Cf. M. Martí, 1998, p. 126.

rado : *la* sintaxis, al menos la sintaxis abstracta, idealizada, de las teorías dominantes, parece mejor definida que la morfología o la semántica o que la pragmática, donde los *continua* o las *escalas* parecen más idóneas, herramientas y soluciones discretas que no pretenden desligar al lenguaje de una realidad, que, antes al contrario, siempre ha de contribuir a explicar. El razonamiento no-discreto es coherente rechazando cualquier óptica no-discreta imprecisa<sup>68</sup>, pero parece más complicado conocer estrategias *difusas* certeras y no convencionales que den cuenta de los aspectos más relevantes del *continuum*. Así se pronunciaba también el funcionalismo de Agustín Vera Luján, para el que aceptar unidades lingüísticas no discretas no presupone siquiera impertinencia lingüística<sup>69</sup>, sino que en cualquier caso, debe imperar en todo momento la consciencia del alcance imperfecto de cualquier teoría ; o incluso de un teórico literario como Joaquín Aguirre Romero, en sus objeciones a la semántica prototípica de un autor como Georges Kleiber :

Los científicos, en muchos campos, han de aprender a convivir con la marginalidad y con *lo irreductible*. En este sentido, el que determinados planteamientos de la semántica de los prototipos no logren explicar determinados fenómenos, o que éstos puedan ser explicados mejor por una teoría de corte opuesto, no es ya visto como un defecto o una incongruencia, sino como un problema *natural* de los mecanismos de explicación con el que es cada vez más frecuente encontrarse.<sup>70</sup>

### III. CONCLUSIÓN

De lo anterior, y pese a que pudiera parecer lo contrario, se deduce que el conflicto entre discreción y no-discreción no es en el fondo tan real como parece en un principio. Aunque no se corresponda necesariamente con las intenciones teóricas, ni los lingüistas *difusos* rechazan *in facto* las clasificaciones discretas ; es más, incluso apuestan por estas, y sólo en el caso de estimarlas insuficientes, juzgan conveniente acudir a la formulación difusa ; ni una teoría discreta como los esquemas sintáctico-semánticos elude las transiciones.

<sup>68</sup> Con Martí, que, a su vez, adopta un planteamiento del funcionalismo sistémico de Halliday, la imprecisión del lenguaje es intrínseca (voluntaria o involuntaria) al trabajo subjetivo y perspectiva del estudioso y a la recepción del destinatario, pues el significado lingüístico es indefinible, por su carácter inconsciente : « el mayor problema de la lingüística no reside en la conocida dificultad del lenguaje para describir y explicar la realidad —a la que tanto se aproxima— sino en la propia limitación del lenguaje para ser glosado, particularmente en lo que respecta a sus funciones semánticas » (M. Martí, 1988, p. 141).

<sup>69</sup> Así lo establece en A. Vera Luján, *Las construcciones pronominales pasivas e impersonales en español*, Murcia, Universidad, 1990 ; y ello pese a explicar predicado y sujeto como núcleo de la oración y margen ; y objeto directo, indirecto y circunstancial, como margen' del núcleo' (núcleo predicativo), periferia' del centro' (núcleo predicativo y objeto directo) y periferia (en oposición al centro, constituido por núcleo predicativo, objeto directo y objeto indirecto) del núcleo oracional, por este orden (A. Vera Luján, *op. cit.*, p. 43-4).

<sup>70</sup> J. M. Aguirre Romero, « Reseñas : Georges Kleiber *La Semántica de los Prototipos. Categoría y sentido léxico* », *Espéculo*, 4, 1996, <<http://www.ucm.es/info/especulo/numero4/kleiber.htm>> [Consulta : 07-08-06].

El hecho de conocer las zonas limítrofes debe proponerse antes que nada solucionar la falta de consenso de clases de palabras o funciones sintácticas, tareas que han de ser siempre intralingüísticas. Por su naturaleza discreta, el lenguaje, que admite cuantificaciones, debe fijar categorías discretas de representación de la realidad por razones cognoscitivas<sup>71</sup>. La categorización no discreta, en cambio, ha confundido la clásica dicotomía cosseriana significación / designación. Así y todo, hablar de *categorías*, *funciones*, de *núcleo / periferia* o *prototipo* remite a abstracciones pedagógico-metodológicas, cuya importancia no debe exagerarse. Si las nuevas propuestas no convencen, será preferible entonces quedarnos con lo que tenemos :

Las corrientes modernas podrán criticar más o menos estos dos criterios de clasificación [*modus y dictum*], o podrán modificarlos en mayor o menor medida, pero a la postre, en lo fundamental, siguen utilizando, incluso terminológicamente, los tipos tradicionales de oración simple. Acaso convenga algún día dar un vuelco total a todo este tinglado clasificatorio, pero mientras tanto operaremos desde la óptica conocida y con la terminología heredada. Al menos nos podremos entender un poco<sup>72</sup>.

En efecto, tan arbitrario puede ser establecer *tendencias*, hecho que, es justo reconocerlo, no es de entrada ningún demérito teórico (todo lo contrario, así J. L. Cifuentes Honrubia y José Luis Tornel Sala lo estimaban totalmente para explicar funciones sintácticas aún resistentes a las clasificaciones usuales como el *predicativo*<sup>73</sup> ; como describir los hechos lingüísticos estableciendo exclusivamente baterías de tests, como le sucedía a la gramática dependencial estándar. En este panorama, una reacción lingüística no-discreta que acude a una reiteración profusa, a veces demasiado retórica, de unas generalizaciones en exceso simplificadoras no puede aportar demasiados argumentos contra la formulación discreta y, en definitiva, no genera sino una ruptura a medias, otro resultado más del movimiento pendular del conocimiento, que, como la propia T. Moure había criticado al estructuralismo o a la gramática cognitiva, aún carece de la suficiente perspectiva histórica.

<sup>71</sup> También en esta línea se pronuncia el funcionalista F. Hernández Paricio, *Aspectos de la negación*, León, Universidad, 1985, p. 209.

<sup>72</sup> J. M. González Calvo, *La oración simple* [1993], Madrid, Arco Libros, 1998, p. 47.

<sup>73</sup> Cf. J. L. Cifuentes Honrubia y J. L. Tornel Sala, «El predicativo en español : iconicidad y gramática», *Lingüística Española Actual*, XVIII, 1996, p. 17-47.